

II.

Déspota empedernida, madre castigadora, ausente de cariño hasta bajo la influencia de las drogas pasionales

Es divertido ser mitad animal mitad humano. No te dan asco tantas cosas, si sales a cazar y tienes que comer, matas al animal lo antes posible y masticas. Es como comerse unas patatas fritas de hace tres días que has dejado en el microondas después de una borrachera: no están deliciosas, pero siguen siendo patatas fritas. También está lo de ir desnudo. Ya no sientes tu cuerpo igual cuando todas tus partes íntimas están al descubierto. Hay algo que está muy bien y que resulta muy cómodo y es que cualquier lugar, ya sea césped, piedra, rama de árbol, es un buen sitio para echar una siesta.

Luego están las cosas malas. Y es que suele haber animales más fuertes y grandes que tú, así que cuidado dónde te paras. Aunque eso no es lo peor. Lo peor es cuando otro animal u otro humano detectan que podrías ser un mestizo. El animal te puede atacar y el humano también, por supuesto el humano que detecta a un mestizo es un usuario. Es decir, el que posee el don del tercer ojo; de ver más allá que la realidad compartida. Entonces una vieja, que ya parecía vieja aún siendo joven, puede usar sus conjuros y trucos para ponerte un collar, llevarte a un aquelarre de gente aburrida y pacifista y decirte que seas amigo de todo el mundo. Cuando en realidad nadie quiere ser amigo tuyo.

Don y maldición, decía siempre Mater Rose.

Isobel se detuvo frente al lago de estructura artificial: un agujero cavado con una máquina y otro trasto de hierro que llena el agujero con agua del río cercano. Al empresario de turno no le venía bien que el río pasara cerca de su carretera. En pocas horas, anochecería. Luna menguante, alguna que otra nube taparía la luz durante la madrugada.

—Piensa Isobel. Como te vas a librar de esta.

La mestiza se observaba a sí misma en el reflejo del agua; movió una de sus orejas hacia un lado, había un par de familias a casi un kilómetro de distancia disfrutando de un día de campo. Blanco, negro y rojo; estaba muy de moda últimamente llevar el pelo de varios colores, incluso había visto a chicas con el arcoíris como melena. Quizás podría dejar de teñirse el pelo y dejar que los tres colores convivieran.



—Céntrate Isobel. Se viene un marrón de los gordos encima.

Sentada sobre sus patas traseras, Isobel se dejó caer hacia atrás. Se quedó boca arriba, con las patas en el aire. Y empezó a llorar como lo hacen los canes.

— ¿Estás llorando?

— ¿Me has seguido?

—Me has dejado sola con esa gente —comentó Fanny mientras se acercaba a la orilla. Isobel se reincorporó y se quedó tumbada. —No es como me lo esperaba.

—Te lo dije —Isobel canturreó las palabras.

—No te burles de mí.

—Tengo razón. Siempre la tengo; no somos como ellos, aunque insistan.

— ¿Qué te han dicho?

—Que vamos a la guerra. Y yo voy en cabeza.

— ¿Guerra contra quién?

—Contra todo el mundo. Mater Rose encontró hace tiempo un texto muy antiguo en el que se detallaba una especie de Apocalipsis: cuatro princesas, cuatro berserkers, valientes guerreros y clérigos aún más malvados. Me la sé de memoria de tanto que hablaba de ello.

—Los cuatro jinetes del Apocalipsis. Ese es el bar del que me hablas siempre que Yuri viene de visita.

—A Yuri le encanta ir a ese sitio. Bueno lo que más le gusta son los moteros heteros, ya sabes cómo es. Vale, pues según Mater Rose y las arpías del consejo, en breves algún privilegiado de la mente resucitará a los cuatro berserkers. Y habrá que buscar a las princesas, salvarlas, etc. Ese es el cuento.

— ¿Y cuál es tu papel en este cuento?

—Soy un general de guerreros.

— ¿Te han nombrado Prior?

—De hecho, Maximus Prior.

—Oh, vamos a morir...

—De algo hay que morirse.

—No lo entiendo. Eres una irresponsable, nunca te comprometes a nada, no eres capaz de mantener un trabajo más de unos meses y llegas tarde a todos lados. ¿Por qué tú?

— ¿Tan mala te parezco?

—Peor. ¿Por qué no les dices que no sin más?



—No me seas novata. Ya habría dicho que no si pudiera: cuando todos los aquelarres marcan la ley bajo un concilio ningún usuario puede negarse a decir que no a ese dictamen. A no ser que no hayas hecho juramento de sangre. Cosa que, como bien sabes, hice hace unos cuantos años. Engañada, por supuesto, por la vieja.

—Se viene un cataclismo mundial y te piden a ti que hagas algo —Fanny suspiro hondo—. Vamos a morir.

—Bueno, señorita pija del barrio de Sarriá, quiero que sepas que como ser humano puedo ser algo desastrosa, pero te diré algo. Como lobo soy inmejorable. Tengo la fuerza, la destreza y la inteligencia de una alfa, por eso... —Isobel dejó la frase a medio acabar—. Por eso me necesitan. Quieren al lobo. Es genial.

Fanny quiso continuar la conversación, ¿qué le parecía tan genial? Isobel se levantó de golpe y corrió bosque a través, de vuelta al hogar de Mater Rose. Fanny hacía todo lo posible por seguir sus pasos. Imposible para su tamaño y experiencia, la loba más joven se quedó atrás muy rápido.

Isobel llegó al jardín jadeando. Se deshizo de su apariencia animal y, de nuevo, volvía a ser humana. Desnuda, en medio de los miembros del aquelarre que la miraban curiosos por un regreso tan temprano. Se encaminó directamente hacia la escalera; allí una adelfés le dejó una de las capas de ceremonia para que no fuera desnuda. Por supuesto, el consejo seguía allí.

—Voy a ser clara y directa. Queréis que yo sea Maximus Prior porque...

—Porque las escrituras dicen que solo el clan del lobo puede ayudar a vencer a los Berserkers —comentó Pater Miguel.

—Porque soy mestiza de un animal de protección de la Diosa Hécate. Ya que no puedo decir que no a este el trabajo que se me ha encomendado —Isobel comenzó a caminar de arriba debajo de la habitación— bajo pena de muerte y exilio de los dioses, sí, conozco las leyes. Y no me caeréis bien, pero una cosa es no tener que veros más la cara durante el estado de muerte y otra no entrar en el jardín del Padre y la Madre. Sé que hay una parte de vosotros que lo hace para castigarme —Isobel miró a unos cuantos de sus antiguos maestros—. Bien, mi propuesta es la siguiente: aceptaré el trabajo bajo la condición de sí y solo sí no hay otro candidato mejor al puesto.

Un silencio desconcertante. Isobel solía tener como respuesta a sus preguntas o alegaciones silencio: en general no solían entender nada de lo que decía.

—Según los altos miembros de la curia, no hay candidato mejor. Se te han adelantado —comentó Mater Carolina.



— ¿De verdad? Vamos a analizar la situación: me habéis escogido porque creéis que será la estirpe del lobo la que salvará el mundo y esas cosas. Según tengo entendido, el texto decía algo así como: “los guardianes de la diosa Hécate podrán salvar la luz de los cuatro reinos...”. Que yo sepa, los tres guardianes de la diosa son el perro, la serpiente y el caballo. ¡Ahí está! Algún valiente del clan de la serpiente o del caballo quizás tiene ganas de ayudaros y ganarse unas cuantas medallas y favores.

—Isobel hace años que no nace un mestizo de esa naturaleza bajo el emblema del norte —comentó Mater Carolina, restregándose las manos por los ojos—. Estás diciendo tonterías.

—Tiene razón Isobel. Llevo años buscando augurios de nacimientos venideros de estirpes del pasado y no hay ninguno favorable desde las grandes guerras... Todos sabemos que es un castigo de los dioses —añadió Pater Miguel.

—Todos lo pensamos —concluyó Mater Teresa.

— ¿Cuánto dura un castigo? —Isobel alzó la voz por encima de lo habitual—. Puede que los dioses nos dieran escarmiento por las atrocidades del pasado, pero yo estoy viva. Llevo la estirpe de tres de los grandes clanes del pasado. Puedo tomármelo como un castigo o puedo seguir mi vida como me dé la gana. Y no me da la gana luchar por algo en lo que no creo.

De nuevo, un breve silencio. Nadie podía culpar a Isobel de no creer en los textos sagrados ni en la comunidad. Eso también lo sabían.

>> Cuando estudiaba en este aquelarre solíais decirme que abriera mis posibilidades a otras opciones. Que nunca dejara de lado mi naturaleza y a la vez viviera en equilibrio con ella. Es complicado vivir en equilibrio cuando eres un lobo rodeado de conejos... Salí de aquí, viví mi vida y entendí cosas que vosotros no me podíais enseñar. Vi lugares del submundo de los que nunca me hablasteis, bestias que nunca describisteis y lugares a los que se puede llegar con técnicas tan peligrosas como mirar de frente al Guardián de la Forja. Nacen depredadores y vienen a mí, no a vuestros métodos de suave algodón y protección al menor. Me da risa que un oso, un zorro o un lobo tenga que aprender a bajar al submundo sin adentrarse en el bosque en plena noche. Decís que no ha nacido ninguna serpiente ni ningún caballo bajo la estirpe del norte. ¿Y por qué tiene que ser del norte? Vosotros que habláis de multiculturalismo y pacifismo, me parece gracioso que no hayáis pensado en la posibilidad de hacer migas con otras estirpes de otros lugares del mundo. Y más teniendo en cuenta que los



Berserkers que despertarán lo harán en diferentes partes del mundo. Claro, ya lo entiendo. Cada cual que mire a su propia casa...

—El Concilio superior de la región norte se puso de acuerdo con el resto de concilios para que cada uno llevara la situación a su propia manera.

— ¡Ja! Lo sabía. Mucho compartir, pero cuando llegan los problemas lo que es mío es mío.

— ¿Por qué querrían ayudarnos otras estirpes que no formen parte de nuestro concilio? —preguntó Mater Teresa.

—Por interés, por supuesto. Como todo en esta vida; quizás tenéis algo que quieran y estarán dispuestos a luchar por conseguirlo.

—Algo me dice Isobel que tienes a alguien en mente. Acláranos algo: ¿son aquelarres de juramento de sangre? Porque yo creo que nos estás hablando de unos cuantos amigos tuyos con que no tienen representación alguna en los gobiernos. Parias, se les llama —Mater Carolina atacaba de nuevo.

—Que no tengan reconocimiento en los concilios no significa que sean parias. Simplemente, no están representados legalmente. Además, cuantas historias conocemos en las que los parias se convierten en aquelarres oficiales después de ayudar a salvar, matar o descubrir a algún malo. Y qué decir de extranjeros...

—En eso tienes razón —comentó Pater Miguel.

Isobel sonrió de oreja a oreja.

—Si aceptaran, si tuvieran la predisposición a hacerlo, ¿aceptarías que fueran priores?

Los tres candidatos a Mater se observaron entre sí. Palabras convincentes y el ímpetu de un lobo por marcar su territorio. Por mucha explicación que buscaran, finalmente, Mater Carolina habló.

—Me pondré en contacto con la curia de inmediato. Por nuestra parte, aceptamos tus condiciones. Ahora solo queda que el resto de miembros de la alta curia lo acepte. Tendrás que ir en persona a defender tu postura, ¿lo sabes no?

— ¿Todo pagado...?

Pater Miguel y Mater Teresa observaron con tensión a Mater Carolina. Todos conocían a Isobel. Y su debilidad por los excesos caros.

—Qué remedio —comentó Mater Carolina.



Satisfecha con la respuesta, Isobel dio media vuelta sobre sí misma y salió haciendo el *Moonwalk*. Se giró imitando a Michael Jackson bajo el marco de la puerta y se dispuso a bajar las escaleras cuando Mater Carolina añadió algo más:

—Antes de irte, una cosa más Isobel: la tarjeta de crédito que te demos no estará a tu nombre. Y no sólo eso: es nuestra obligación moral proteger a todos los infantes usuarios de magia, sean o no parte de nuestro aquelarre. No tengo ni la menor idea de dónde te vas a meter. Ten claro que la niña que va contigo estará bajo nuestra supervisión día y noche.

—No necesita niñera.

—Puede que no. Pero tú sí.

—Llegáis doce años tarde. No me hubiera venido mal una niñera que no tirara al abismo del infierno en sueños ni me hiciera correr detrás de los perros, desnuda, en mitad del bosque.

—Deja de vivir del resentimiento, Isobel —Mater Carolina alzó la voz—. Estamos hartos de tus quejas. Mater Rose se excedió por completo en tu educación y ya pagó por ello. Y sin embargo ahora tenemos que estar agradecidos de sus crímenes. Se acerca un cataclismo y esta vez no estamos preparados, nos faltan guerreros, hemos perdido conocimiento, se han destruido fuentes naturales de energía. Tenemos miedo del mañana, como si la mismísima Inquisición nos anduviera pisando la cola otra vez. Tú eres la única expresión bélica que le queda a nuestra unión de aquelarres ¿Por qué te cuesta tanto aceptarlo? Es tu destino, acógelos.

El rostro de Isobel se templó, su mirada era fija y sus facciones serias. Sin intención de controlarse, la mestiza activó su modo depredador. Se notaba furia y ansia en el ambiente. Pater Miguel y Mater Teresa retrocedieron unos pasos tras Mater Carolina, quien se mantuvo firme y tragó saliva.

—No me da la gana.

Se volvió sobre sus pasos y la mestiza abandonó la habitación donde yacía Mater Rose, maestra, mentora y tutora. Déspota empedernida, madre castigadora, ausente de cariño hasta bajo la influencia de las drogas pasionales. Los tres aspirantes a Mater Superior recuperaron el aire. Isobel les estaba asfixiando, sin intención de matar.

—Está escrito en las piedras: si Isobel no lucha, los demonios devoraran el sol —dijo Pater Miguel, con voz temblorosa—. ¿Y si se lo decimos? Quizás así comprenda.

—No —contestó Mater Carolina—. Está invadida por el miedo. Más responsabilidades sobre su espalda la devastarían. Tiene que darse cuenta ella misma.



— ¿Y si no lo hace...? —preguntó Mater Teresa.

—Recemos a los dioses —sentenció Mater Carolina. Era lo único que se le ocurría.

Desde que la unión de aquelarres redactara las normas comunes de festines escaseaba el alcohol, los psicotrópicos y la diversión había disminuido considerablemente. Solamente veinte botellas para todo el aquelarre. Yuri e Isobel solían consumir entre diez y doce cuando eran jóvenes. Durante las vigilias de las raves o los macroconciertos disfrutaban de la embriaguez, la buena música y las trampas para sombras. Buenos tiempos. Las adelfés preparaban las comidas tradicionales mientras se charlaba y se daban el pésame entre unos y otros. Segunda noche de velar el cuerpo. La primera y única noche que Isobel pensaba en quedarse. Un lobo entre conejos.

Estefanía escuchaba hablar a un par de los adelfés. Seguramente se hubiera lanzado a preguntarles por las iraskalde, las brujas de protección de los aquelarres. Una figura casi extinta, solamente unos pocos tenían ese título. Entre ellos, Isobel por supuesto. Su cometido era velar por la seguridad de todos los miembros del aquelarre, no solamente como usuarias de magia. Su obligación correspondía en mente y cuerpo. El resto de iraskalde estarían encantados de ser Prior, de eso no cabía duda. La alta curia habla, nadie discute. Lo dicho, conejos.

Hacía ya rato que uno de los adelfés observaba a Isobel desde la distancia. Un chaval delgado, pelo teñido de rubio platino, se mordía las uñas nervioso. Guapete, yogurín. No era del gusto de Yuri. Mater Carolina y el resto habían escogido al adelfés que las acompañarían. Estefanía se acercó hasta su maestra.

—Les he preguntado por las iraskalde del aquelarre.

—Algo me he olido. ¿Sabes quién es ese?

Fanny dirigió la mirada hacia el chico al que se refería Isobel.

—Israel. Al parecer es un súper crack de las hierbas medicinales y creo que sabe mucho de mitologías de América o algo así.

—Nos han dado una enciclopedia.

— ¿Qué quieres decir?

—Hoy comenzaremos una nueva lección, se llama: entre los hierbajos.

Fanny hizo un gesto de desagrado con la cara. El nombre era poco atractivo.

—Consiste en esconderse, ocultarse y escuchar. Los depredadores cazamos observando a la presa, analizando el terreno, escogemos la estrategia que más nos



conviene y atacamos. Primera lección, observar a la presa. Estoy pensando en un chaval joven, de pelo teñido (muy glam, si se me permite la observación) y de amplios conocimientos.

— ¿Quieres que vigile a Israel?

—Como he dicho, observar a la presa es el inicio de la caza.

—No, si no me dices porqué.

—Porque tienes que empezar tus lecciones de iraskalde.

—No cuela.

Isobel cogió aire. A pesar de lo poco que le importaban los demás, prefirió no alterar la energía a su alrededor. No quería darles más motivos para tener una niñera.

—Vendrá con nosotras. Tengo que encontrar a algún flipado de la vida que quiera ser Maximus Prior antes de que resuciten los berserkers. No tengo tiempo de ponerme a explicarte los detalles de todo, ¿por qué no dejas de hacer preguntas y haces lo que te digo?

Una pareja de mediana edad saludó a Fanny desde la distancia, invitándola a acercarse hasta ellos. El matrimonio había ido a buscar los pergaminos antiguos con las inscripciones de los conjuros de protección ante ataques de sombras. Isobel movió la cabeza hacia un lado, indicando a Fanny que se marchara con ellos. Conocía al matrimonio de cuando eran novios. Encantadores. Empalagosos. Fascinantes. A Isobel le costaba concebir la idea de estar tanto tiempo con la misma persona. A penas se soportaba a sí misma, no imaginaba al pobre desgraciado que le tocara aguantarla hasta llegar a vieja. Por ese motivo, le estaba haciendo un favor a ese tal Israel. Contra antes se diera cuenta que se estaba metiendo en la boca del lobo, mejor.

Comenzaba la música. Tambores, flautas, timbales y el toque moderno del acordeón. No podían faltar las gaitas y el tintineo de las conchas marinas. El becerro despuntaba en momentos puntuales, las campanas en la parte solemne de la narración musical. El olor a asado y a vegetales en la brasa le despertó el apetito. La hoguera preparada: los miembros del aquelarre lanzaban flores, plantas y objetos de valor a las altas llamas. Unos pocos confiantes eran bienvenidos a observar el ritual de paso al submundo. Pater Miguel le tendió una botella de vino a Isobel; un buen rioja, de un color rojo impecable. La sangre de las brujas, ponía en la etiqueta. La empresa de Miguel Ríos funcionaba muy bien desde que se habían puesto de moda las cosas eco. Destilaban el vino a lo tradicional, pisando la uva. Le ponía un precio desorbitado al final, una buena campaña de marketing defendiendo el cambio climático y, ¡voilà!, una



tarjeta de crédito a nombre de la empresa para Isobel. La mestiza quitó el corcho y dio un largo lingotazo. Bueno, muy bueno.

—Pregunta por ti.

— ¿Quién?

— Mater Rose. Quiere que bajas.

—Paso.

—Lo siento, ya sabes como es.

La espina dorsal de Isobel se inclinó hacia atrás en una posición casi imposible. Sus ojos se volvieron blancos y los tatuajes de su cuerpo, runas druidas, le quemaban en la piel. Mater Rose cogió el alma de Isobel desde el inframundo y la empujó hasta el averno. El alma de Isobel cayó de golpe contra la tierra fría del paraje infernal. Mater Rose, ataviada de blanco de cabeza a pies, le señalaba un pasaje. La niebla no le dejaba ver el otro lado. Entre la espesa condensación de agua, se movían espectros de ojos de colores. Sentía el olor de los trolls y la presencia de las sombras.

—Podrías avisar.

—Cruza el camino hasta llegar a su corazón.

—Paso. Vendrá otro a hacerlo.

La tierra tembló, impidiendo que la mestiza pudiera mantener el equilibrio. Los trolls no eran tan grandes, no podían mover la tierra. Conocía ese olor por la caza: la carne muerta desprende olores al cabo de unas horas. Descomposición. No iba a quedarse a mirar. Isobel se arrodilló en el suelo y comenzó a escribir el diagrama que le devolvería a la tierra de los vivos. Mater Rose se esfumó en dirección contraria a la niebla. Algo horrible se aproximaba, la mestiza percibía la turbación en su corazón. Pocos segundos más. Recitó las palabras druidas de vuelta al hogar. Abrió los ojos antes de desaparecer. Fuera lo que fuese aquella criatura, no tenía ojos.

